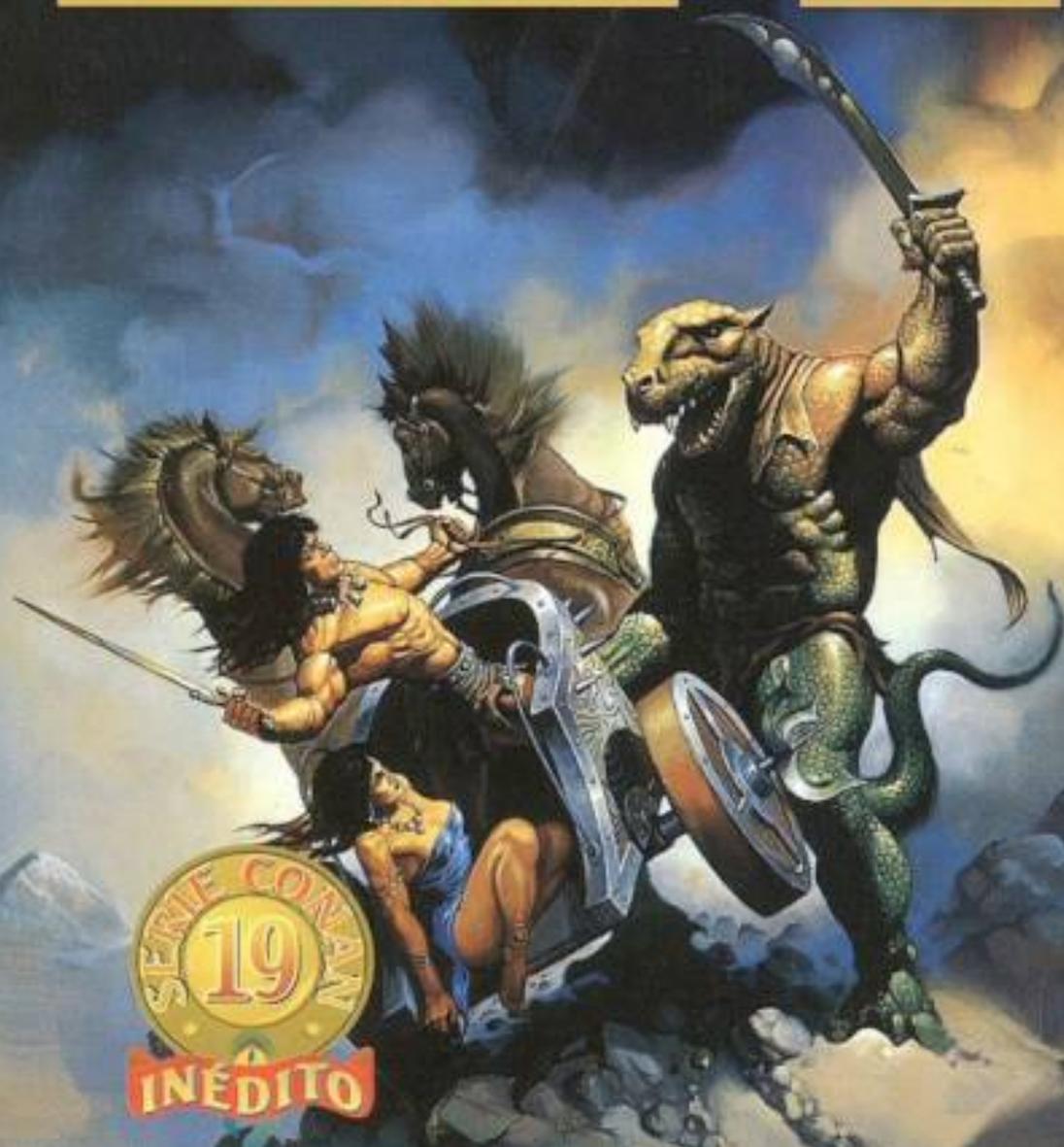


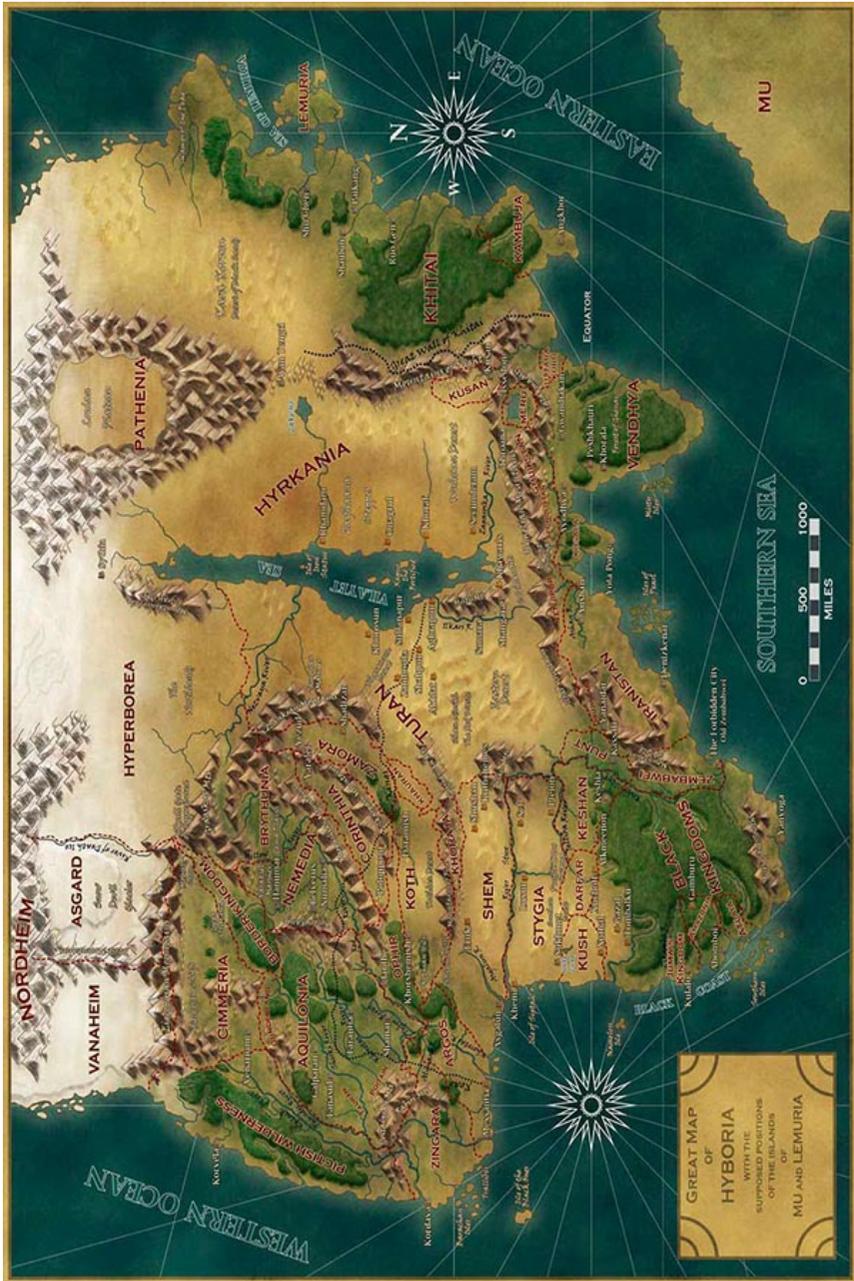
Poul Anderson

CONAN EL REBELDE



SERIE CONAN
19
INEDITO

Los esclavos gimen por toda la tierra de Estigia. Como un pueblo derrotado, tienen que sufrir el yugo de crueles capataces y el poder del malvado culto del Dios-Serpiente. Pero pronto caerán sus grilletes... Puesto que Conan, el poderoso bárbaro, y Bélit, su amada de negros cabellos, llegan al frente de un ejército de guerreros. Van a dar muerte a malvadas legiones, y las calles de Estigia se inundarán de sangre.



1. La visión del hacha

La noche pesaba sobre Estigia. En la bahía adonde iba a desembocar el gran río, no soplaba ni una ligera brisa marina. El cielo estaba cubierto de bruma, y solo unas pocas estrellas brillaban sobre Khemi; parecían ascuas del calor que las piedras de la ciudad todavía retenían mucho después de que el día terminara. Las murallas se erguían en su desnudez para cerrar el paso al aire fresco que pudiese llegar desde el mar, y también impedían que el mundo pudiera conocer los secretos que ocultaban. En torno a aquellos precipicios con puertas de hierro, las torres de vigía se alzaban a todavía mayores alturas, y sus almenas parecían dientes que amenazaran al cielo. Las calles que ocultaban eran pozos de negrura, silenciosos, desiertos, salvo en los lugares en donde una sagrada pitón hacía crujir secamente sus escamas al arrastrarse sobre el empedrado en busca de una presa, o donde se oían los amortiguados pasos de alguna persona ante quien la serpiente se encogía con un siseo de alarma.

El aire era distinto en el sitio donde dormía el brujo Tothapis. En una de las criptas que habían sido excavadas a gran profundidad en la roca viva, los esclavos empujaban una rueda gigantesca provista de abanicos en una chimenea de ventilación. La brisa que producía prestaba su frescura a la atmósfera bochornosa y cargada de incienso de la alcoba de su amo. Su zumbido acompañaba a la música para dormir de un carillón accionado por la misma máquina.

Aunque el lecho fuera duro, como le correspondía a un hombre austero, estaba relleno de cabellos de doncellas sacrificadas, mientras que el camisón y las sábanas eran de seda de color negro, tan fina que parecía haber sido tejida por arañas.

Sin embargo, aquella noche dormía mal; daba vueltas y murmuraba entre dientes. Se despertó de pronto, se sentó sobre la cama, contuvo un grito. Cuatro velas negras en cada uno de los extremos de su cama, altas como un hombre, puestas sobre cuatro fémures de monstruos, avivaron su brillo y luego se apagaron.

No había recibido una señal como aquella en todos sus siglos de vida, pero supo lo que significaba. Se desembarazó de la sábana con la que había estado forcejeando y bajó al suelo. Allí se prosternó, besó la alfombra y se contorsionó como una serpiente.

—¡Lao, Shethesh! —chilló—. ¡Anet neter aa, neb keku fentut amon!

Solo entonces se atrevió a alzar la cabeza y mirar lo que tenía delante. A pesar de la negrura que predominaba, vio un pálido fulgor amarillo; a pesar del silencio, oyó un susurro que no provenía de labios humanos. El fulgor se intensificó, creció, mutó en la imagen de una gran serpiente de color dorado, enroscada en un círculo que llegaba desde el suelo hasta el techo. A la luz que la bestia emitía, pudo entrever los jeroglíficos que cubrían todas las superficies libres de la estancia. El siseo se transformó en un monstruoso fragor, como el del río Styx en sus cataratas del lejano sudeste. Tothapis se postró de nuevo y adoró a su dios.

El fragor se transformó en lenguaje.

—Habla, hombre. Declárame quién soy.

—Tú eres Set —dijo el hechicero—, señor del Universo, a quien los estigios adoran por encima de todo otro dios.

—Declárame cómo tú mismo me sirves. Las palabras manaron en torrente.

—De todas las maneras en que un hombre puede servir a Quien existió antes que el hombre, y seguirá existiendo después de que el hombre no exista. Soy un sacerdote de tu templo, y si no soy su hierofante mayor se debe a que puedo servir mejor a tu causa en el Anillo Negro de magos que yo presido. Mis hechizos confunden a los infieles que no te conocen, mi consejo refuerza la mano del rey contra ellos. Pronto, pronto aprenderán de nosotros cuan terrible es tu ira, oh Set. Cierto, mi servicio es el último y más pequeño tributo que puede ofrecerse a tu oscura gloria. Has hecho que mis días y mis noches en el mundo fueran muchos; me has dado poder sobre hombres y demonios; sobre todo, me has concedido una comprensión más profunda de los misterios de tu esencia. Y esta noche, te has revelado a tu esclavo. ¿Qué más puedo atreverme a preguntar? ¿Qué puedo ofrecerte por mi gratitud, oh Set?

—Ponte en pie. Mírame. Escucha. —Tothapis se puso en pie y se quedó rígido, con los brazos en alto y las palmas vueltas hacia abajo. La cabeza de reptil abrió la boca, su lengua vibró entre los colmillos, pero los ojos sin párpados miraban fijamente sin moverse—. Escúchame bien —dijo—. Me has llamado señor del universo, pero sabes cuan diversos son los dioses de la tierra, el mar, el cielo y el subsuelo. Sabes cuan pocos de ellos me reconocen como su señor, cuántos de sus pueblos me tienen por un diablo. El más poderoso de mis rivales es Mitra del Sol, quien querría pisotearme.

—Maldito sea Mitra y los hiborios que le siguen —murmuró Tothapis.

—Sí, malditos —le respondió la aparición—. Pero gracias a las crónicas y a otros documentos más arcanos, conoces el poder que ha tenido desde antiguo. Te he enviado esta aparición para advertirte de un nuevo peligro. Os amenaza a ti, a tu rey, a tu nación y a tu mismo dios. Hoy se han unido un hombre y una mujer. No ha de nacer ningún niño de su unión; pero, sin saberlo, han alumbrado un destino.

No podremos matarlo ni en el útero ni en la cuna, pronto se convertirá en gigante, y llevará en las manos un hacha de guerra que derribará a muchos... y al fin, en años futuros, destrozará los pilares de mi propio santuario.

Tothapis, que en otras ocasiones había contemplado en calma criaturas del infierno, se estremeció. Si Set no podía aplastar a un par de mortales, y tenía que solicitar ayuda mortal, entonces debía de haber Poderes inimaginables en lucha en el mundo que está más allá del mundo.

—No temas, hechicero —siseó la voz—. Lo que va a ocurrir, solo tiene que ocurrir en la tierra, pues si intervinieran los grandes dioses tendría lugar la Batalla Final. Pero yo, que soy el Sigilo-en-la-No-che, te hago don de la presciencia que vas a necesitar; y contarás con tu habitual astucia, tu magia y tus monstruos y demonios, que responden a tu ademán, contra un enemigo que ni siquiera sabe lo que él mismo presagia. Solo está hecho de carne y sangre, y no importa cuan fuerte sea la carne, y ardiente la sangre. Si no fuera por el casual encuentro con la mujer, viviría y moriría como un vagabundo solitario... todavía puedes lograr que muera así.

»Atiende, e instrúyete.

Dentro del anillo de la serpiente, una imagen tomó forma. Pareció que Tothapis saliera volando desde la cúpula de su casa hasta elevarse una milla por encima de Khemi. Vio la ciudad, ceñida por el fulgor del río, la bahía y el océano, vio los campos cultivados, como un tapiz gris, entretnejidos con las plateadas hebras de los canales, y moteados de humildes aldeas. Se elevó sobre este cuadro, hasta que Estigia le pareció una inmensidad extendida a lo largo del río que tenía por frontera septentrional. Vio también las granjas y praderas de Shem, el desierto meridional y, aún más lejos, las junglas y las sabanas de Kush. Desde aquella altura, ya no discernía rastro alguno de obras humanas.

A vertiginosa velocidad, su visión descendió hacia las costas kushitas. Las junglas se asomaban al mar espumeando

te; las marismas y los ríos centelleaban; al acercarse al suelo, su visión atisbo espacios abiertos, donde los primitivos negros habían quemado bosques para plantar sus cultivos. Su vista, como la de un halcón, caló hacia el oeste sobre las aguas.

Tothapis vio un barco. Era una nave de guerra, una esbelta galera negra con una cubierta elevada dispuesta de proa a popa. Debajo había bancos, y debajo de estos la verdadera cubierta que ocultaba las bodegas. En su proa brillaba una imagen dorada, la cabeza rugiente de un tigre. De las poco elevadas bordas colgaban escudos. Habían recogido los cuarenta remos, porque un viento henchía la única vela cuadrada y los empujaba hacia el norte en largos y felinos saltos sobre las espumas. La mayoría de la tripulación estaba reposando, y había tendido sus mantas para dormir sobre las cubiertas y los bancos. Al acercarse la imagen, Tothapis vio que se trataba de negros, de hombres jóvenes y fuertes cubiertos con poco o ningún vestido, pero sí con cicatrices de guerra, y que tenían las armas a mano.

Su visión se acercó a popa. Un pequeño puente hacía las veces de techo de lo que debía de ser el camarote del capitán. Un hombre y una mujer se hallaban de pie sobre aquel. La mano derecha del hombre sujetaba la caña del timón, su brazo izquierdo rodeaba el talle de la mujer, y ella le acariciaba. No costaba verles, porque había cielo claro, cuajado de estrellas y ceñido por una refulgente Vía Láctea, y su fosforescencia se reflejaba en las arremolinadas aguas.

Tothapis se mantenía célibe para no perder energía en los asuntos ordinarios del mundo. Pero cuando miró a la mujer, se le escapó un silbido entre los dientes. Era joven, y estaba casi desnuda, aunque debía de soplar viento frío: un tahalí con un puñal en la cadera y una cinta de plata en torno a la cabeza eran sus únicas prendas. Llevaba suelto el negro cabello, que le llegaba casi hasta la cintura. De algún modo, la visión de Tothapis, aun a la luz de las estrellas, podía distinguir los colores; vio que tenía ojos grandes, de co-

lor marrón brillante bajo cejas simétricas, la tez aceitunada, los labios carnosos y vivaces. Todo aquello, así como la bien esculpida curva de su nariz y los pómulos salientes, apuntaban a su origen shemita. Era más alta que la mayoría de las de su raza, y Tothapis jamás había visto una figura como aquella... corpulenta, mas de senos firmes, delgada en el talle, larga de miembros, carente de todo rasgo suave que pudiera subyacer a sus curvas. Al andar, parecía una pantera.

—Esa es Bélit —le dijo la voz de Set—. Aun siendo mujer, ha convertido a sus salvajes en la más temible tripulación pirata que haya saqueado la Costa Negra; y ahora se dirigen a Estigia. Hoy mismo ha atacado el navío donde viajaba Conan de Cimmeria. Lo ha tomado por un elevado precio, pues Conan ha luchado contra ella. Mientras se enfrentaban, el amor se inflamó entre sus espadas, e hicieron las paces; pero ahora librarán una guerra carmesí... ¡deja de contemplarla, necio! Mira a Conan.

Tothapis se apresuró a obedecer. El timonel también era joven, aunque a primera vista parecía mayor que ella. Superaba a la mayoría de hombres por su estatura y su peso. El juego de músculos de su brazo, que manejaba sin esfuerzo el pesado e inestable timón, daba fe de que su fuerza igualaba a su corpulencia. Sin embargo, no era menos ágil y esbelto que su compañera. Una melena negra de corte cuadrado caía sobre sus hombros.

Su bien rasurado semblante era bello a su ruda manera. Su severidad se relajaba en atisbos de risa, y sus ojos azules, que tantas otras veces habían ardido, ahora centelleaban. La túnica que se había puesto cuando Bélit y él habían decidido pasar un rato en el puente le venía demasiado pequeña. Así, el vigía atisbo su piel, que el sol no había bronceado; su blancura delataba a un hombre del lejano norte... a un bárbaro.

Terminó el siseo. En su lugar, Tothapis oyó fragor de aguas, crujidos de maderas y cordajes. Casi pudo sentir cómo

mo la cubierta cabeceaba y se mecía, y saborear la sal arrastrada por el viento. Bélit habló, y su ruda voz se tornó suave.

—Las estrellas se alegran con nosotros, amado.

Hablaba en la lengua franca de la marinería. Conan le respondió en la misma lengua con su voz de bajo; su acento cimmerio era tan musical que sorprendió al estigio, quien había leído pocos e imprecisos informes acerca de su remoto pueblo guerrero.

—Bien que pueden alegrarse, pues te están mirando. — Conan rio entre dientes y la abrazó con más fuerza—. Pero te añorarán en tu momento de mayor hermosura cuando vayamos abajo.

—¿Pronto? —dijo ella con un ronroneo.

—Muy pronto. Ya te he dicho que solo quería tomar una bocanada de aliento, y he pensado que también podría practicar un poco mis artes náuticas, puesto que vamos a correr aventuras de corsarios. Sí, dentro de unos momentos les diré a N'Yano y a Mukatu que vuelvan a este timón. — Conan sonrió ampliamente—. Y también a su envidia, sin duda alguna.

—No temas envidia ni traición por parte de nuestros hombres —le aseguró Bélit—. Son mis hombres, mis queridos hombres de Suba, que me han dado su juramento de sangre. Nunca, desde que partimos, me han puesto la mano encima, ni me han proferido el menor insulto.

—Ay de quien lo hiciera —dijo Conan, solo medio en broma—. Pero... mm... supongo que más valdrá llevarlos a algún sitio donde se diviertan antes de que pase mucho tiempo.

—Saben que tendrán diversiones cada vez que paremos en un puerto favorable. Llevamos botín suficiente para pagarlas. Pero el deseo de venganza nos apremia mis, tanto a ellos como a mí. Primero, saquearemos en Estigia. Conan frunció el ceño.

—¿Qué? Oh, podremos atacar aquí y allá, pero ¿por qué? Piensa que, en la refriega de hoy, has perdido a un buen número de muchachos.

—No temas que los otros te odien por ello. No, están contentos de que seas mi amado y mi compañero al mando. Y yo estoy llena de alegría. —Bélit le besó—. Los suba creen que el hombre que muere en batalla va a vivir para siempre entre los dioses, en bulliciosa felicidad. Tú otorgaste ese don a algunos de sus camaradas, y sin hacer daño a sus mujeres ni a sus niños. Ahora, tu fuerza y tu habilidad están de nuestra parte, y nos ayudarán en nuestra venganza. Podrás compensarnos de sobras lo que hemos perdido. ¡Sí, de verdad que eres bienvenido a bordo, Conan!

—Tú y yo compartimos las enemistades, Bélit, igual que todo lo demás. —El cimmerico vaciló—. Sin embargo, no sé cuáles deben de ser las tuyas, ni qué puede hacer un solo navío contra uno de los reinos más poderosos de la tierra.

La mujer se encogió.

—Ya te contaré más tarde mis razones, amado —le dijo, algo alterada—. Esta noche tiene que ser solo nuestra.

Conan la consoló. Al cabo de un rato, la muchacha volvió a salir, y la cinta plateada brillaba de nuevo en su cabeza, que se erguía con orgullo.

—Ahora te contaré cómo podemos lograr que los estigios se lamenten por lo que nos hicieron...

Tothapis se le acercó con avidez.

En el anillo de la serpiente, y en la escena que este mostraba, apareció violentamente la imagen de una gran hacha de guerra. La oscuridad inundó el círculo, y el escamado cuerpo se retorció.

—¡Mitra! —Oyó una voz que se alejaba—. Me has encontrado. Pero este juego no ha terminado, Mitra... no, apenas ha empezado...

Las tinieblas y el silencio envolvieron a Tothapis.

En algún lejano recodo de su propia mente, se sentía extraño por no caer al suelo, presa del delirio, después de

lo que acababa de contemplar. ¿Había entrado en él una parte del reptilico espíritu de Set durante aquella noche, o bien durante sus siglos de nigromancia? No lo sabía, ni le urgía saberlo. Lo que importaba era que no podía esperar más milagros de su dios, nada, salvo lo que él mismo pudiera llevar a cabo. Sin embargo, antes de que cierto equilibrio de poder sobrenatural se quebrara, había recibido un fragmento de una profecía. Le había sido encomendada una misión.

Tothapis se arrastró hasta la puerta. Las lámparas brillaban en el corredor. Temblando todavía, pero con pasos firmes, anduvo con prisas hasta el edificio central de su fortaleza. Allí podría encontrar lo que necesitaba para arrojar sus hechizos de búsqueda. Con las pistas que ya tenía, cierto hombre muerto en vida podría darle más información acerca de Bélit y de Conan, e indicarle el camino que debía seguir para destruirlos.

2. Una asamblea de hechiceros

El sol se elevó, y tiñó de color sangre el Styx. Las aves chillaban en lo alto, elevándose desde los juncales de sus márgenes; los buitres se posaban en el suelo, los cocodrilos se arrastraban por los bancos de arena y el limo, que les pertenecían en virtud de una antigua ley. Las barcazas de proa y popa elevadas, y sesgadas velas, navegaban por el río; en aquellas que transportaban mercancías, resonaban los gongs que marcaban el ritmo a los esclavos remeros. En el ancho campo verdeante, los siervos salían de sus aldeas, desnudos o en taparrabos, para dar comienzo al trabajo del día.

En la bahía donde desembocaba el río, promontorios de piedra caliza daban comienzo al camino del norte que terminaba en Shem. Este último país no era visible desde allí, pues la frontera se hallaba en el brazo más septentrional del delta. En aquellas comarcas, la frontera apenas si marcaba límite alguno; las ciudades-estado shemitas cercanas eran tributarias de Estigia. Como para reafirmar este hecho, en el margen meridional se erguía la Gran Pirámide, cercana al extremo noroeste de Khemi, que destacaba entre murallas y torres. Incontables centurias de erosión habían marcado y desfigurado sus caras, que ya no tenían color suave, sino ocre. En todo lo demás no había sufrido violación alguna, y reinaba sobre sus semejantes, que podían verse en la lejanía o dentro de la ciudad. Al pie de la pirámide, y en la avenida ceremonial que la rodeaba, solo había una confusa amalgama de sepulcros y canteras abando-

nadas, y un foso del que los hombres seguían extrayendo mineral bajo el látigo del capataz.

El sol siguió elevándose hasta agostar la última penumbra de las calles de Khemi. Estas se llenaron de camellos cargados, carretas de bueyes, jinetes, viandantes, multitudes en los bazares. El tránsito no era tan denso como se habría podido esperar de una metrópolis, era menos vivo, infinitamente menos cosmopolita. Estigia no permitía la entrada de más extranjeros que los que necesitara. Aun Luxur, la capital del rey, que se encontraba lejos de allí río arriba, no veía tantos como la mayoría de las ciudades mercantiles de otros países. Khemi, la capital religiosa, estaba cerrada para todo aquel que no llevara un salvoconducto, incluso para los estigios; y sus gobernantes solo entregaban los salvoconductos de mala gana. En caso de que le permitieran la entrada, el forastero se encontraba con que casi nadie osaba tener una conversación con él, salvo aquella persona con quien tuviera que hacer negocios. Estos eran pocos, y estaban estrechamente vigilados.

El sol avanzaba lentamente, ceñudo, por los cielos. El calor de la tarde hizo que la gente volviera a sus casas para reposar. Algunos fueron a palacios, donde las fuentes salpicaban en umbríos jardines; la mayoría, a habitáculos de una o dos habitaciones que se encontraban en edificios altos y deslucidos. Nadie carecía de algún tipo de techo, porque la jerarquía quería conocer el paradero y la conducta de cada uno.

Al atardecer, cuando regresó el fresco, volvieron a salir y prosiguieron con sus negocios. Estos solían terminar hacia el ocaso. Entonces, por ley, las tiendas tenían que cerrar. Varios mesones de los barrios pobres seguían recibiendo clandestinamente durante algún rato a sus parroquianos, pero no estarían abiertos hasta tarde. Aunque apenas si había forajidos en Khemi, las calles albergaban singulares peligros después del crepúsculo. Siguiendo órdenes, o por necesidad, o por su propio valor, algunas clases de gente